

El de la cultura es un problema urticante

Juan Ricardo NERVI*

* (1921-2004)

Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación. Maestro Normal Nacional. Docente en la Universidad Pedagógica de México, y de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, periodista, Investigador. Profesor Emérito de la UNLPam. Secretario Académico de la UNLPam. Profesor Titular de la Cátedra Pedagogía Universitaria. Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas.



“Juglar”, dibujo Santiago Rodríguez

El de la cultura es un problema urticante. Lo es desde su etimología; lo es desde su semántica. Se inserta en la candidez del “mejor de los mundos posible”, a lo Leibnitz, y también en las premoniciones de la decadencia de un mundo en crisis, a lo Spengler, se la concibe antinómicamente, en el sentido de naturaleza versus cultura, como la plantea Rickert, o se la sitúa en el ámbito inviolable de la metafísica del saber, en una suerte de “señoría interior”, como la propone Max Scheler. Puede ser examinada en una retrospectiva exhaustiva como la practicada por Werner Jaeger en sus indagaciones sobre la cultura griega, sin llegar a penetrar su contexto esclavista, o bien enraizarla en las condiciones económicas de la vida social y re-plantearla –con Marx– en los términos de superestructura propios de la lucha de clases. Se trata, pues, de una cuestión filosófica –en los consabidos tópicos axiológicos de una filosofía de la cultura– que, más allá de cualquier reflexión teórica, se resuelve en una ecuación política inseparable, claro está, de sus connotaciones socioeconómicas, de sus implicaciones intelectuales

y de su extensión material en un acercamiento al concepto de civilización. Siendo así, resulta infructuoso encuadrarla en la definición que convenga taxativamente a su condición de fenómeno social producido en y por la experiencia asimilada y exteriorizada por un grupo humano. Será preciso, entonces, considerarla a la luz de su complejidad y a través de un cristal –diríamos, polifacético– que proyecte la multiplicidad de la vida humana en sus manifestaciones materiales y –pese a la ambigüedad del término– espirituales. De hecho, entonces, son de su incumbencia los significantes del progreso material a partir de la creación y la utilización de herramientas aptas para transformar la naturaleza en cultura; y lo son también los soportes concomitantes de esa cultura, esto es, el lenguaje, las costumbres asentadas en los usos cotidianos, el arte como fenómeno social e individual, la educación como hecho y como teoría de la formación humana, las religiones y la ciencia. No se nos escapa el papel fundamental de lo económico como su trato de lo cultural, ni tampoco esa versatilidad que,

sin caer en un determinismo a lo Taine, refleja a su modo y en una suerte de termómetro que marca la temperatura social, cómo y cuánto ella depende (siempre en función de la economía), de condicionantes étnicos, geográficos e histórico que confluyen en lo político.

La cultura empero, no se construye mediante una yuxtaposición o simple conglomerado de factores, es, si cabe, unívoca pese a su aparente diversidad. Cabría, en todo caso, hablar de culturas –en plural– si no fuese que es precisamente esa univocidad la que exige la universalidad y validez conceptual que permita generalizar la que es peculiar de ella y aplicarlo a distintas situaciones, épocas, países y comunidades.

De hecho, entonces, ninguna cultura puede sostenerse en una tradición de estancamiento, ceñida a un pasado estático y a un tiempo dormido en la historia. Toda cultura, siendo, como es, un producto histórico, se sostiene en una tradición de progreso y, al proyectarse en su continuidad progresiva se sitúa en el epicentro de los cambios sociales y establece las pautas dialécticas que conforman su accionar dinámico, su forma de ser en la personalidad y la conducta individual y colectiva de los grupos humanos. “La cultura hace al hombre”, se ha dicho. Y ese hombre es el portador y realizador del tipo de valores que identifica a los pueblos; y es ese hombre el que interpreta y transforma, el que selecciona y transmite, el que refleja, en suma, el ámbito cultural en que está inmerso. La educación es su instrumento.

Sin entrar a considerar las contradicciones de la cultura y de la pedagogía –tan adecuadamente registradas por André de Peretti en su libro homónimo–, y sin adentrarnos en las controversias (ya bizantinas) generadas por la desescolarización, el reproducionismo, el hegemonismo, la concientización (planteadas a su turno por Illich, Althusser, Gramsci, Freire y otros), sin entrar a considerar esas contradicciones, repetimos, superando mediante la educación formal la informalidad de una cultura osmótica, le compete a la escuela pública y democrática, por la que pasa todo el pueblo, la difícil misión de interpretar y transformar positivamente los fenómenos culturales. Así, pues, atenta a su función social, cultural y docente, la institución educativa –en todos y cada uno de sus niveles y especialidades– organiza los contenidos culturales para su transmisión sistemática. No escapa, por supuesto, a este enfoque en cierto modo simbiótico, los problemas que la presión, la tensión, el conflicto



“La bailarina 3”, dibujo Santiago Rodríguez

que la educación asistemática o difusa, generan en la organización de la cultura para su ulterior promoción y difusión. Jonas Cohn, en su obra *Pedagogía fundamental* afirma que la “educación es el influjo consciente sobre el individuo dúctil e inculto, con el propósito de formarlo”.

A tono con algunas precisiones herbartianas, Cohn –al hablar de ductilidad o plasticidad– reafirma el criterio de educabilidad privativo del ser humano en contraste con el de adiestramiento propuesto por el neoconductismo y aplicable igualmente a hombres y animales. A la vez, y a remolque de dicho concepto, confiere a la educación la posibilidad de educar (o formar) al individuo inculto, de suerte que la cultura adquirida se constituya en la cultura válida, esto es, la que se corresponda con las prioridades intelectuales –básicamente científicas– propias del tiempo presente con sus avances tecnológicos. Pero la educación en cuanto formación va más allá de la te-

sis instructivista o meramente informativista. El propio Cohn lo señala explícitamente al asignar a la moral la categoría fundamental de la pedagogía; al igual modo Herbart, había acuñado una suerte de aforismo ya clásico en la pedagogía: “No hay instrucción que no eduque; ni educación que no instruya” si bien sus proposiciones didácticas derivaron en un formalismo intelectualista.

Anticipándonos a lo que sin duda se planteará buen parte del auditorio, nos urge decir que de ningún modo puede pretender la escuela (me refiero a las escuelas del pueblo) que la cultura válida sea únicamente la cultura adquirida, es decir, la fragmentaria cultura del saber en los términos habituales de un positivismo perimido. A las escuelas del pueblo les interesa –si es que sus maestros están preparados para vivirla– la cultura del ser, la que integre el saber con el hacer y estimule a través del saber hacer, o sea, la técnica en función del desarrollo de la capacidad creadora al amparo de una fecunda y saludable afectividad.

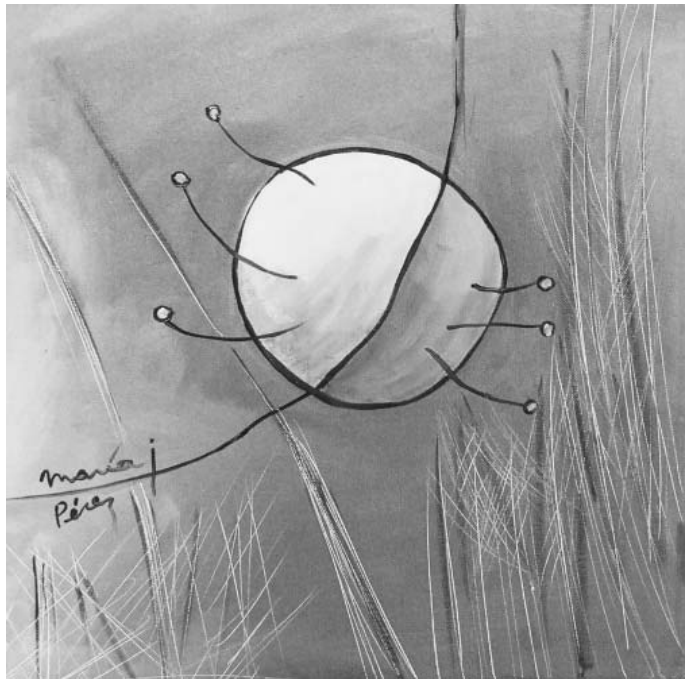
A esta altura de nuestras reflexiones, y habida cuenta del entrañable, inseparable nexo entre cultura y educación, se nos suscitan interrogantes, dudas críticas acerca del papel de la escuela pública en la integración de la cultura válida. Apelamos al que podamos llamar provisionalmente Modelo Pampeano o de la Provincia de La Pampa, para la búsqueda –siempre tentativa– de respuestas que nos permitan ahondar en el problema y, de paso recordar el perfil (o los perfiles) de nuestra identidad cultural.

El territorio de La Pampa nació, institucionalmente, el mismo año que la Ley 1420, la Educación Común, en 1884. Poco más de un siglo ha transcurrido desde ambos natalicios. El Congreso Pedagógico de 1882, y el histórico Debate Legislativo que constituyen el marco de referencia para la promulgación de la hoy arrumbada ley –nunca totalmente cumplida– se constituyeron en sustrato ideológico incuestionable del Modelo Pampeano. Bien sabe (o acaso apenas lo sepan las generaciones de maestros formadas en pleno deterioro del normalismo argentino), bien se sabe que el magisterio puntano, entrerriano y pampeano que fue

“punta de lanza” de la educación popular prevista y desarrollada en nuestro territorio, se formó en los términos pedagógicos y filosóficos requeridos por un “proyecto Nacional” centrado en una economía agroexportadora, y, en la Pampa Central, eventualmente de cuño agrario-pastoril.

“La escuela del desierto”, como la llamó Eduardo Thames Alderete en su libro, al igual que los Informes finiseculares o de principios de siglo elaborados por los visitantes e inspectores, presidentes y vocales del Consejo Nacional de Educación, reflejan claramente la inquietud sarmientina de transformar el país –todo el país– en una inmensa escuela forjadora del hombre nuevo de una Argentina gestada en el ideario de la Revolución de Mayo y proyectada en la Generación del 37 a través del Dogma Socialista de Esteban Echeverría, las Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, que el luminoso Alberdi planteó como avanzada de la democracia; el repertorio antiautoritario de Juan María Gutiérrez, y, claro está, Educación Popular, texto fundamental y fundador de la pedagogía argentina en el que Sarmiento asienta la premisa de su laborioso quehacer: “Educar al soberano” a la par del lema alberdiano “Gobernar es poblar”.

Viajeros ilustres, sabios cabales, escritores-periodistas, políticos destacados, dramaturgos, cubrieron el espacio bibliográfico, los cuadros de



“Sol pampeano”, óleo
María José Pérez

viaje, las memorias, las crónicas, vaticinando el venturoso futuro de la que sería –allí nomás, al filo de la llamada “conquista del desierto”– una nueva provincia. Mansilla –aunque luego se desdijo en los hechos– había preanunciado los tiempos nuevos cuando el ferrocarril surcase la inmensidad pampeana y penetrase los Andes para llegar a Chile; Raúl B. Díaz se preguntaba: “¿La Pampa tiene porvenir?” y se contestaba con una rotunda afirmación Juan B. Ambrosseti –y era en 1893– pronosticaba: “La nueva provincia surgirá...”; Estanislao Zeballos, Juan Barés, Manuel Olascoaga, Germán Ave Lallemand, Wenceslao Jaime Molins predecían épocas de grandeza a partir de la cruzada de “pan y abecedario” iniciada por los pioneros en los tres lustros finales del Siglo XIX. Para garantizar las exitosas jornadas venideras, allí estaban, juntos, el arado y la escuela. Nacían los pueblos, y con ellos, una cultura distinta de acuerdo con la forma de ser de los pobladores en su “habitat” precario de colonos.

Las denuncias de quienes no cayeron en la trampa de los terratenientes y se ampararon en la Liga Agraria en la década de 1910 a 1920, llámense georgistas o socialistas, sean tildados de anarquistas o maximalistas, revelan la frustración y el desengaño de aquella “quimera del trigo”. Los que pagaron con cárcel, pobreza y desgracia, la patriada de enfrentar a las empresas latifundistas, contaron –bueno es señalarlo– con la solidaridad de un solo gremio: el de los maestros.

La escuela pampeana –la rural y la urbana. Se sostuvo en la dignidad de los principios rectores que le dieron origen. Siempre hubo un maestro allá donde los trabajadores del campo y las aldeas de la vasta ruralia pampeana, necesitasen apoyo. Se cuentan por decenas los docentes que fundaron periódicos y revistas, bibliotecas populares e instituciones culturales. Si en algún momento de nuestra batalla contra el analfabetismo supimos y pudimos estar en la vanguardia de los estados con menores tasas, fue porque pueblo y escuela fueron uno solo en la lucha contra la ignorancia.

Esa unidad entre pueblo y escuela posibilitó la apertura hacia el encuentro de un ideal antropológico que restañase las heridas y cicatrizaran las llagas abiertas por las guerras de exterminio libradas contra el indio. Ya es un lugar común hablar de la Argentina como un “crisol de razas”. Pero en La Pampa, las escuelas del pueblo –las de la Ley 1420– fueron eso. Si hemos de usar la palabra aculturación para aplicarla (como dice el diccionario) al “proceso de adaptación a una

cultura, o de recepción de ella de un pueblo por contacto con la civilización de otro más desarrollado”, y, en nuestro caso, al pueblo mapuche arrojado de sus comarcas por la prepotencia de los que después atalivaron (como diría, con su dedo acusador el viejo Sarmiento) si hemos de usarla, digo, será pensando en que la escuela del desierto la borró de su léxico. Nuestra escuela no aculturó, integró.

Allí nos mezclamos todos, los hijos de inmigrantes españoles, italianos, alemanas, franceses; los criollos hijos de los milicos de “la conquista” que, al igual que el indio, pagaron su tributo de sangre para fertilizar las tierras del latifundista; y, claro está, los diezmados herederos de las dos grandes dinastías aborígenes. Maestros como Daniel Gatica, en Quemú Quemú; los Guaychochea, en Victorica; Enrique Stieben, en Castex y Anguil; Tellez de Meneses, en Carro Quemado; aquel francés, Miguel de Fougeres, en Telén –y cito solamente algunos– aprendieron la dulce lengua mapuche para que se estableciera una relación empática bilingüe que fuera a la vez bicultural.

Las toponimias de Gatica, Guaychochea y Stieben constituyen, junto con trabajos del excepcional docente que fue Ramón Elizondo, en Sarah, testimonios bibliográficos que reflejan en qué medida el magisterio pampeano hizo suyo el mandato de la Ley. La integración étnica abarcó igualmente a los extranjeros e hijos de extranjeros que se expresaban en las formas dialectales europeas. El idioma nacional fue el factor de cohesión sociocultural. No se adoptaron por cierto criterios didácticos orientados hacia la regionalización de los contenidos. La meta, por entonces, fue la de enfatizar lo nacional, máxime en estas tierras de “pan llevar”, tierras de aluvión inmigratorio todavía sin identidad regional. Un par de libros de lectura para los grados superiores: “Tierra de Promisión” de Juan Manuel Cotta; y “Pampa Nuestra”, de W. Jaime Molins (texto abreviado de su libro “La Pampa”, de 1916) fueron, en el primer cuarto de siglo, acaso los únicos exponentes de una aproximación a la cultura regional por la vía didáctica. No creemos que fuera, en modo alguno, negativa esa enfatización de lo nacional. En lo familiar, en lo político, en lo económico, en la interrelación social, la educación nacional –sin prejuicios chauvinistas– fue aún con sus exageraciones patrioterías, el principal factor de unidad cultural.



“Sin título 6”, tinta sobre papel
Griselda Carassay

Aquella triada –región, nación, universo– que servía de apoyo a la unidad ecuménica de una cultura sin adjetivos y que José Ingenieros planteó inductivamente en su *Sociología Argentina*, tuvo, aquí en La Pampa, un planteamiento deductivo, es decir, marchó de lo general a lo particular. La escuela y sus maestros “hicieron patria” subsumiendo la región en la Nación, lo regional en lo nacional.

En una serie de notas publicadas en el Diario “La Arena” en 1983, reiterábamos la tesis que sostuviéramos en el Simposio Nacional de Folklore llevada a cabo en Cosquín en 1968 y referida a lo que, de acuerdo con las proposiciones de Antonio Gramsci, constituye un folklore de confluencia, de base esencialmente dialéctica. Tomamos, a modo de ejemplo, una comunidad pampeana –la de Colonia Castex, actualmente Eduardo Castex– donde la mayor parte de sus habitantes y chacareros de los alrededores, son de origen piamontés, español, y, en menor grado, originarios de otros países europeos. Alternaban en esa comunidad –acaso en un porcentaje del 50 por ciento– los criollos y los indígenas, estos últimos provenientes del oeste bonaerense y pampeano. Los usos y costumbres de unos y otros –en especial la ali-

mentación– se integraron interpenetrándose. La experiencia social se llevó a cabo en el laboratorio vivo de la escuela. Los maestros interpretaron cabalmente la cultura de aquella comarca y se lanzaron a su transformación intuyendo las dificultades de conformar –llamémosle así– un nuevo “plasma racial”. A tres cuarto de siglo del inicio de aquella titánica empresa, los resultados están a la vista: una pequeña ciudad floreciente sin distingos ni prejuicios acerca de cuál es o debe ser la cultura válida.

Podrá argüirse –como lo hiciera el diputado Juan B. Justo en su visita a La Pampa en 1913– que “la quimera del trigo” atrajo la inmigración europea a la vez que fue centrifugando al criollo y replegando a la población indígena “diezmada por la tuberculosis y el alcoholismo”. La apreciación fue exacta. Y exacta fue también su propuesta en la ya célebre sesión de la Cámara de Diputados del 19 de mayo de 1913: Pensé, entonces, señor presidente, que la raza argentina –la antigua raza autóctona– está condenada fatalmente a la desaparición, y que nuestro papel de gobernantes no es el de poner vallas al mar, no es el de pretender una pureza de sangre, que, por intereses capitalistas, tampoco se trata de mantener, felizmente; sino que nuestra función es la de conservar en el país el uso de la lengua nacional, lo que intelectualmente más nos vincula; y eso se ha de conseguir, sobre todo, mediante un buen sistema de educación pública primaria...”. La Ley de Educación Común 1420, “obligatoria, gradual, gratuita y laica” convalidaría las aseveraciones del líder del socialismo argentino. Los maestros de La Pampa refrendaron en los hechos las consignas de un saludable nacionalismo, a la vez que participaron activamente de las asambleas destinadas a reivindicar los fueros del campesino. Fue por eso, y por su empeño en crear condiciones favorables para el desarrollo del cooperativismo, que en las postrimerías del gobierno de “facto” del uriburismo se hiciera constar en la Memoria de esos aciagos años que “las escuelas de La Pampa constituían una verdadera vergüenza nacional, algo así como una sucursal bolchevique de la cual la Asociación de Maestros Pampeanos constituía el “presidium” soviético en La Pampa”. Esa acusación (o defini-



“Cada vez que vas al cielo”, óleo
María José Pérez

ción), que a la postre –viniendo de quien venía– resulta un elogio, tenía su asidero seguramente en el manifiesto al Pueblo de La Pampa hecho público el 11 de octubre de 1928, en ocasión del Congreso de Maestros Pampeanos y del que participaron 364 delegados de todo el ex Territorio. El fraternal llamado al laborioso pueblo pampeano, inserto en el documento, para luchar hombro a hombro con los maestros “en la obra de mejoramiento social y cultural” de la población, encontró amplia resonancia en la prensa diaria y periódica de la república. Uno de los participantes –el maestro y abogado Edmundo Rosales– dijo entonces: “El viejo concepto de pueblo y escuela se ha visto reforzado en el Congreso de Maestros Pampeanos por la decisión unánime de colaboración entre el proletariado intelectual y manual, entre la institución educativa y la clase trabajadora divorciadas, por una incompreensión dolorosa de la comunidad, de sus respectivos intereses, y esterilizada así en una acción que debía forzosamente converger en la realización de un mundo donde las palabras de justicia y de libertad no fuesen meros decorados... “Más adelante apuntaba Rosales: “La decisión del magisterio pampeano de hermanarse con los obreros y los campesinos en esa lucha ardua por una mayor justicia en la

distribución de la riqueza social y por el derecho a la cultura, es una declaración de honra.

El fervor cultural del magisterio pampeano hizo que la escuela no quedase cercada en un didactismo aséptico. El hecho de que ninguna localidad, por pequeña que fuese, careciera de una Biblioteca Popular –al amparo de la ley sarmientina fundando la Comisión Protectora– incorporó a la educación sistemática un soporte parasistemático que, tal como se señaló en el Primer Congreso de Bibliotecas de La Pampa, llevado a cabo en Santa Rosa en 1967, “fue el indicador preciso de la variable cultural que sirvió de baremo para establecer los índices cualitativos del progreso y la evolución provincial”; ese hecho, insistimos, tuvo siempre –o casi siempre– un maestro a la cabeza. También los maestros encabezaron la lista protagónica del periodismo regional pampeano. La nómina fundadora es extensa: de norte a sur, la vasta hemeroteca está asistida por los esforzados docentes que, comenzando por aquel Thames Alderete de Cuchillo-Co y General Acha que dirigió en 1885 el periódico “La Pampa Central”, integraron la cultura del libro con la del periodismo militante.

Los maestros pampeanos, por último, fueron precursores de una cultura regional –siempre y cuando la voz región se circunscriba (lo que es

problemático) al mapa provincial— en las letras y, ayer como hoy, aportan su talento y creatividad más allá de las aulas. Recordemos que fueron dos maestros-poetas, los hermanos Advíncula y Julio Neri Rubio quienes abrieron el rumbo de una poética extracción pampeana, y que, en ese rumbo precursor trazaron sus coordenadas líricas no pocas veces magisteriales de nuestros días.

Los maestros comprendieron inteligentemente el fenómeno cultural de nuestro terruño sin fragmentaciones. La Pampa total cupo en su envío progresista. La comprendieron también los periodistas. El periodismo de La Pampa hizo también docencia. Más de un millar de publicaciones a través de un siglo dan pábulo a la ley hegeliana de que “lo cuantitativo deviene cualitativo. José Prado —a quien debemos un texto sociológico esencial para interpretar la realidad actual de nuestra cultura (hablo de “El agro en la cultura pampeana”) publicó en el Boletín de la Agrupación “Amigos del Arte”, de Castex, un breve trabajo titulado “El Periódico y el libro en La Pampa”, donde examinar la influencia del periodismo (como a su turno lo hizo el maestro Emilio Argerich) en la dinámica cultura de nuestras poblaciones. Por nuestra parte estamos dando cima a una larga y tenaz investigación que dará a la prensa la Fundación Chadileuvú, y que abarca desde la aparición de “El Obrero de La Pampa”, dirigido por Lucas Abada en la naciente General Acha en 1884, hasta nuestros días.

Ese periodismo fue heroico. El inventario refleja las antítesis y también las síntesis que convergieron en las tesis para su interpretación de La Pampa a partir de 1834. Sorprendería a un lector no avisado las ediciones bilingües de “La Autonomía” y “La Voz de Rancul”, el empeño georgista de “Ráfagas”, en Castex, y “El Georgista”, en Realicó; el desvelo espirita de “Fiat Lux”, en Santa Rosa, y la prosa masónica de “La Sotana” en General Pico. Sorprenderían también las coincidencias partidistas y sectoriales en torno de la aspiración provincialista recién concretada en 1952, y las ásperas controversias desatadas entre la prensa, siempre combativa, del socialismo —con “Germinal”, fundado en 1913— y los diarios radicales y pro-conservadores. Sin duda (aunque se haya dicho que en La Pampa no se tenía idea de lo que es una revista literaria) causarían también sorpresa las revistas que, como “La Verdad” y “Palestra”, en Victorica, “Voz Pampa”, “Pulso” y los anuarios de “La Reforma” y “Zona Norte”, en General Pico, y, sobre todo, “Ensayos”, editada en

1923 por Salomón Wapnir en Ingeniero Luiggi (y esto, solamente por citar unas pocas) siguieron la ruta abierta por “Pampa”, la Revista de la Asociación de Maestros de La Pampa, cuya edición inicial data de 1910.

El periodismo estudiantil fue también, con órganos que evidenciaron —desde los primeros años de fundación de la Escuela Normal Mixta de Santa Rosa— marcada sensibilidad sociocultural, junto con una inquietud literaria manifiesta. No podemos omitir por lo menos algunos títulos que jalonan épocas en el itinerario cultural pampeano: Atlántida, El Ariete, José Ingenieros e Impulsos, en Santa Rosa; e Inquietudes, en General Pico. Digamos, para completar el panorama del periodismo que en 1910 contaba la Pampa Central con 15 publicaciones periódicas (incluyendo tres diarios) y, hecho singular, todos con imprenta propia. En 1935 los periódicos eran 24, y 11 las imprentas; en 1965, sumaban 8 los títulos y 7 las imprentas; en 1975 eran 5 los órganos con igual número de imprentas propias, y en 1985 —revistas aparte— 3: uno en Santa rosa, 1 en General Pico y 1 en Realicó. Uno solo de los diarios cuenta con Suplemento Cultural “Caldenia”, de La Arena, tribuna abierta a poetas, escritores, folkloristas, pedagogos, etc., de aparición semanal.

No ignoramos la vigencia de temas y problemas que atañen a las denominadas Culturas regionales. Hubiéramos preferido que este encuentro tuviese una denominación más abierta y menos propensa a los cuestionamientos (por ejemplo, El regionalismo en la cultura nacional). En ese aspecto, el trabajo que sustenta la Asociación Pampeana de Escritores es lo suficientemente exhaustivo para añadir algo más a su contexto. Nosotros, en el afán de ser originales, de no caer en reiteraciones que nos llevarían a reabrir querrelas ideológicas ya superadas, hemos pretendido rescatar del pasado algunos hitos que también pueden ser de utilidad a los indagadores de nuestra cultura total, es decir, la que abarca a toda La Pampa. Como nativo de La Pampa y protagonista (o agonista) de su evolución cultural desde lo educativo a lo literario, como promotor y administrador de cultura y como buceador del arte, como periodista y como simple y atento observador del acontecer que, día a día, va hilvanando la historia del desarrollo, crecimiento y maduración de la provincia, con sus crisis de estirón y sus etapas de relleno, pero sobre todo como maestro y pedagogo, como un hombre de hoy, no he permanecido ajeno —tras ocho años de ausencia

del país– a todo lo que alegra y duele en la tierra de uno. En la tentativa de rescate de esos hitos liminares supuse, así como antaño sostuve la posibilidad de un “folklore de confluencia”, que era más, mucho más de lo que podría pensarse (si es que se ha pensado) nuestra deuda cultural con el magisterio y el periodismo.

La adulteración ideológica de los “mass media” consume en la actualidad un delito de “lesa cultura”. Lento y engorroso resultaría el enfoque y consecuente análisis de las causas y efectos de la alienación derivada de las formas ocultas –y arteras– de la propaganda que, parafraseando a Vance Packard “toman por asalto” al lector, al auditor, al veedor desprevenido o “lo hacen tonto” a la vista de todos. Allí reside, obviamente, el peligro de la “cultura osmótica”, al menos hasta donde alcanzan los medios depredadores del entendimiento y de la sensibilidad. Tenemos la certeza de que, aplastada la hidra del imperialismo, el pueblo, todo el pueblo, asumirá cabalmente su propia cultura y no serán necesarias las tipificaciones que disciernen la cultura moderna de la cultura popular.

Nuestros viejos maestros intuyeron que el secreto para configurar una cultura sin adjetivos residía, simplemente, en “Educar al soberano”. Educarlo, claro está, con pan, techo y paz; con libros, con guardapolvos y aquellos botines “Pa-

tria” que nos igualaban socialmente en el rasero de la escuela democrática. Intuyeron, además que la ignorancia no hace cultura y que la nivelación era hacia arriba y no hacia abajo. Acaso nada supieran de José Martí, pero, a través de Sarmiento, hicieron suyo el apotegma martiniano: “Ser cultos para ser libres”. En esa gesta, romántica y combativa, los maestros fueron periodistas porque entendieron que la escuela sola no basta para llegar al pueblo. A su vez, los periodistas que no pidieron permiso al jefe de policía para opinar, les brindaron su generoso apoyo y estuvieron a su lado en la denuncia contra la injusticia social, que es una de las formas espurias de la cultura.

Ellos, maestros y periodistas, fueron partícipes de las “doloras y humoradas del pueblo, sabedores de que es el hombre quien produce y modifica su entorno social, el constructor del Modelo Pampeano que queremos y buscamos, el de nuestro propio y peculiar “modus vivendi” cultural; en suma la gesta emprendida por nuestros colegas antecesores todavía sigue, aquí, en La Pampa, como en el resto del país y en los pueblos irredentos de América Latina. Y seguirá hasta conformarla en plenitud libertaria. Hasta que –como bien lo dijo nuestro entrañable Aníbal Ponce– todos comprendan que “disfrutar la cultura como privilegio, envilece tanto como disfrutar del oro”.

Juan Ricardo Nervi



“Trovadores”, dibujo Santiago Rodríguez